

# “...exit 75B... esa era!, ¡Mierda, nos pasamos!...”

por Marcelo López Dinardi

Si la experiencia de analizar el territorio de la ciudad de Orlando había sido confusa en papel, tratar de ubicar a la ciudad consigo misma fue aún peor. Porque el territorio que comprende la ciudad es mayormente plano, y su tridimensionalidad se confunde con una imagen que evoca aun más su propia representación imaginada. Su cartografía ha sido predicada como muchas otras de la nación por estrategias suburbanizantes y un crecimiento lineal derivado de una vialidad exagerada. Como el territorio es vasto, no hubo problema para realizar las carreteras anchas predilectas de los vehículos sobredimensionados. La zonificación se encargó, tempranamente, de separar las distancias entre los distintos usos programáticos de la ciudad, cometiendo el error típico de dicha práctica: no cualificar la forma y el crecimiento urbano. La inexistencia de una concepción regional del territorio ha permitido un desarrollo que ni siquiera corresponde a un desparramamiento urbano. No hay centro que pauté la referencia, sino, más bien, un salpullido de conglomerados residenciales y comerciales. Y la fantasía de su motor económico -los parques temáticos- selló en definitiva el territorio armado de un rompecabezas pensado inacabado.

Recorrer el territorio de Orlando es moverse de un punto a otro sin, necesariamente, haber llegado a ningún lugar o, de otro modo, desplazarse en un espacio sin tiempo. La experiencia de movilidad en la ciudad constituye, más que una secuencia de conectar, uno de los principales elementos disociativos de la fantasía. Vivir en Orlando significa someterse a la idea de ser partícipe de una feliz ilusión o una realidad simulada. Este lugar se ha concebido como la imagen de la fantasía y, claro está, a menos que no se esté en un trance, sabemos que la realidad es algo más concreta. Pero esa concreción real de Orlando no significa que sus habitantes no estén sumidos en un mundo imaginado que los convence más que cualquier otra realidad. Bastan los ejemplos de las comunidades nuevo urbanistas encabezadas por *Celebration* que han hecho de sí mismas una realidad hiper-real que se sirve de su artificialidad viva para insertarse en el conglomerado del mundo mágico de Orlando. Las contradicciones entre realidad y fantasía se ven latentes en las expresiones resultantes de los puertorriqueños: “el lado oscuro de Orlando, Disney”, “esto luce ser un paraíso y no lo es”, aunque a la vez otros afirman “vivo más tranquila”.

Pero, ¿de qué se trata Puerto Rico en Orlando? ¿Por qué se muda el puertorriqueño? ¿Cuál es el rol que tienen la cartografía, la experiencia

espacial plana y la fantasía en el imaginario del puertorriqueño? ¿Qué ocurre una vez se llega a la tierra prometida? El puertorriqueño se muda porque no le queda otra, porque Orlando está ahí, a la vuelta de la esquina, como si fuera una extensión de San Juan, porque ya lo dijo el vecino o el amigo del pariente, porque “se vive mejor”, porque “hay más oportunidades” pero, sobre todo, por una ilusión preñada de ingenuidad. Las múltiples percepciones de crisis en la Isla han provocado la voluntad de la huida, y Orlando se presenta en el panorama como apéndice extra-muros de nuestro concentrado territorio. Se puede encontrar un pedazo de la 65 de Infantería, de la carretera de Los Filtros, de Levittown y de muchas típicas urbanizaciones cerradas o *gated communities*, como se les conoce allá, pero con casas de madera, paneles de yeso y un imaginario estilístico tan banal como el nuestro.

La mayoría de los resultados que pudimos extraer de las entrevistas y las conversaciones en nuestra visita a la ciudad nos arrojaban un plano decisional lleno de ilusión, vinculado, necesariamente, a la fantasía de Disney y los parques temáticos con la realidad concreta de vivir en Orlando. Sin duda, la conjetura principal de la diáspora puertorriqueña fue decir que en Orlando hay una “mejor calidad de vida”, entiéndase que en Puerto Rico hay mucha criminalidad, que la política es un desastre, que la crisis fiscal, que la educación es mala, que no hay oportunidades y, por supuesto, que (casi) todo lo de afuera es mejor. Pero sobre qué Orlando ofrece





realmente como mejoría para la calidad de vida, fue siempre una respuesta difícil de evidenciar. El denominador común fue, en el mejor de los casos, y más como artimaña, que en Orlando “hay más espacio”, pero ya volveré a esto.

Explico algunos de los casos. La educación en Orlando está, necesariamente, ligada a la localidad o, mejor dicho, está zonificada. Esto significa que sus hijos pueden asistir solamente a las escuelas que le pertenecen al lugar donde viven. Si vive en una comunidad (término que para muchos describe el conglomerado de casas suburbanas, pero que no incluye la convivencia con su vecino) de bajos recursos, media o promedio, esa será la educación que obtendrá. Si vive en una comunidad prominente y opulenta, así serán las aportaciones que recibirán las escuelas para patrocinar la educación. Claro está, la definición de comunidad

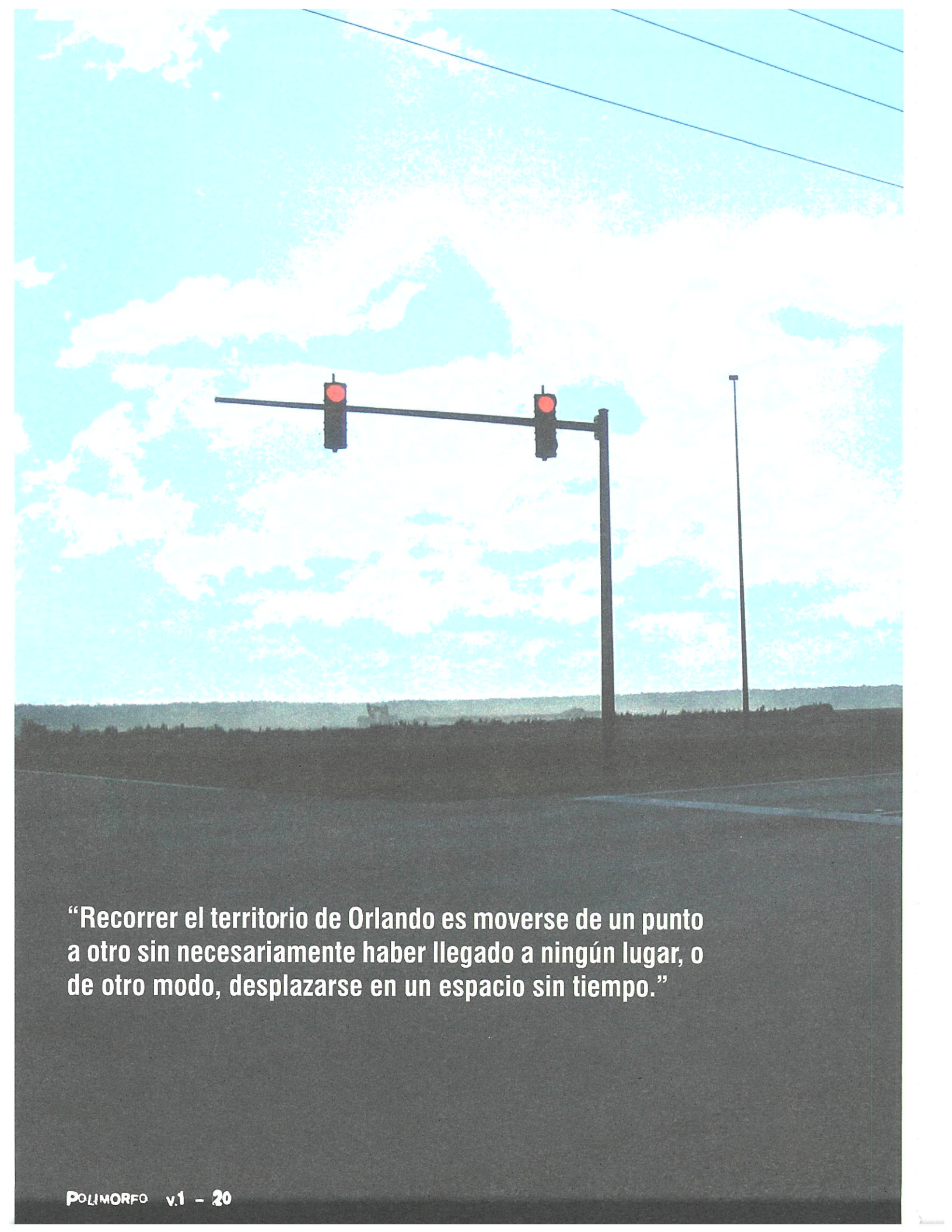
está dada en gran medida por el mercado de bienes raíces y, si usted no vive en un barrio de altos ingresos económicos, la educación de sus hijos no será de las más envidiadas. A juzgar por la localidad de la mayor concentración de puertorriqueños, la educación obtenida no es necesariamente una mejoría. Dos aspectos que son radicalmente opuestos a cómo ocurre aquí en la Isla, usted lleva a sus hijos donde quiera y pueda pagar, le quede en su vecindario, o a treinta minutos de él. En este caso, la relación de convivencia entre el individuo y el territorio no se limita a la establecida por los patrones del sistema de educación y ese vínculo de libertad con la tierra es más evidente aquí en la Isla.

Otro caso de importancia que se deriva del anterior es el mercado de bienes raíces. Los impuestos a la propiedad, a diferencia de Puerto Rico, se tabulan sobre el precio del inmueble al año en curso,

Izquierda: Puertorriqueño recién llegado a Orlando, Florida  
Left: Newly arrived Puerto Rican in Orlando, Florida  
Abajo: Hora pico en la tarde en la autopista I-4, Orlando, Florida  
Below: Afternoon rush hour at I-4 highway, Orlando, Florida







“Recorrer el territorio de Orlando es moverse de un punto a otro sin necesariamente haber llegado a ningún lugar, o de otro modo, desplazarse en un espacio sin tiempo.”







lo que significa que son mucho más altos que los que se pagan en la Isla. El resultado es un choque económico para el puertorriqueño que se muda sin conocer los pormenores de la compra de propiedad, así como los gastos de mantenimiento de cada urbanización o comunidad. No menos importante es el aparente sentido de seguridad que tiene el puertorriqueño en Orlando y, aunque sin duda hay menos asesinatos, no se está exento de crímenes violentos y de pedofilia (motivados por los parques temáticos). De todas maneras, una mirada por los lugares donde habita la mayor población boricua nos deja en evidencia otra de las contradicciones latentes, que por la propia seguridad, porque no se conoce ni al vecino, los niños no pueden salir a jugar a la calle y la convivencia social en el vecindario es consecuentemente pobre. Y esto se extraña en la diáspora, “echamos de menos el ambiente, la vida social”. Es muy probable que esta falta de vida social la podamos adjudicar, en parte, a dos condiciones básicas del matrimonio boricua con el territorio, que la extensión de la ciudad coarta las relaciones de un grupo informe y que, a la vez, su condición de inmigrantes los mantiene atados a establecer vínculos marginados en el tejido social/cultural. Que no se sorprenda nadie de que me esté refiriendo a los inmigrantes, porque como se nos dejó saber “aunque somos ciudadanos, somos inmigrantes”. A pesar de la ciudadanía estadounidense, el puertorriqueño es visto como un extranjero, como un latino-univisión más que llega a los Estados Unidos en busca de una mejor vida. “El discrimen es bien fuerte”, aseguran algunos. Y esa carga cultural del inmigrante se traduce no sólo en sus dinámicas de apropiación del lugar, sino también en su trabajo. Común fue escuchar que cada quien tiene dos o tres trabajos para poder sobrellevar el costo de vida que implica la ciudad: “la vida es bien dura para la gente”, “los números y la gente miente”, las declaraciones de los entrevistados hacen eco del desfase que existe entre la representación mediatizada de la fantasía de Orlando y la realidad en que se encuentra el desterrado. Y esto no significa que el trabajador esté menos preparado porque, ciertamente, hay un grupo de profesionales que ha encontrado un lugar de trabajo allá. Sin embargo, está sujeto a los mismos vaivenes de la incertidumbre laboral y a aceptar, en muchos casos, beneficios menores a los que se reciben en Puerto Rico.

Las múltiples explicaciones para la migración no lograron -al menos en el desenlace de una semana de travesía en la ciudad- articular una explicación clara para la huida. La conjetura de que allá “hay más espacio” sirve de metáfora para componer, quizás, una de las hipótesis de Puerto Rico en Orlando: que el problema de la ciudad, o mejor aún, de la no ciudad que tenemos, tiene que ver más con nuestra pertenencia a ella. En Puerto Rico no nos sobra el espacio, pero buscamos cada día conquistar un municipio cercano a nuestro simbólico centro







KISSIMMEE  
BUSINESS  
CENTER

500 N. W. LA CANTON  
804 CH  
321.897

NO PARKING  
ON  
HIGH  
WAY

PARKING

DECOLA MOBILE PARK  
RENTALS  
MOBILE HOMES & LOTS  
24 HR. PARKING - FULL HOORSP  
(407) 847-4690

Anthony Fr. Kato  
407-262-2620



metropolitano para separarnos más unos de otros. Le tenemos miedo a la diferencia, a la convivencia híbrida, a la cercanía del otro, a tener que formar parte de un espacio común finito. El problema no es tener más o menos espacio, es querer pertenecer, o no, a un espacio tolerante capaz de establecer vínculos sociales que armen el tejido que requiere la ciudad. Puerto Rico existe en Orlando como un espejo de sí mismo, como una huida simbólica de querer tener más espacio para la intolerancia y el desinterés de lo público. La imagen de Puerto Rico se ve retratada con claridad en Orlando, nos seduce la fantasía banal de Disney, lo temporero y lo desechable. La no-historia de la ciudad nos permite reconstruir nuestra identidad con las imágenes llenas de ilusión que identifican la ciudad. El territorio vasto nos entrega el deseo de lo infinito tan latente en la Isla. Puerto Rico pareciera servir de escenario para imaginar todo aquello posible sólo en la realidad. En fin, aproveche su próxima visita a Orlando para entender un poco más a quién quiere como vecino, ya sabe, la salida que dice Guavate es la ruta del lechón asado y la que dice aeropuerto es el camino a la tierra prometida del ratón Mickey. |||||



**“...exit 75B... damn it, that was the one, we missed it!...”**

If analyzing the area of the City of Orlando was confusing on paper, the attempt to situate the city within itself was even worse. Since the area comprising the city is mainly flat, its three-dimensionality becomes confused with an image that evokes even more its own imagined representation. Its cartography has been proclaimed, as many others in the nation, for its suburbanized strategies and its lineal growth derived from an exaggerated road system. Due to the vastness of its territory, it wasn't problematic building the preferred wider roads for oversized vehicles. Zoning prematurely took charge of separating the distances between the city's different programmed uses thus committing the typical error of such a practice by not qualifying form or urban growth. The inexistence of a regional concept of the territory has allowed a development that does not even correspond to an urban sprawl, since there is no center to serve as a guideline, but rather to an outbreak of residential and commercial conglomerates. And the fantasy of its economic engine – theme parks – definitely sealed off a territory made of unfinished thought-out puzzles.

Driving through Orlando is like moving from one point to another without necessarily arriving to a particular

place or, in other words, shifting about in timeless space. Rather than constituting a sequence of connections, experiencing mobility in the city is one of the main dissociating elements of fantasy. To live in Orlando means surrendering yourself to being a participant within a happy illusion or a simulated reality. This place has been conceived as the image of fantasy, and it is clear that if we are not in a trance, we know that reality is something more concrete. But this real concreteness of Orlando doesn't mean that its inhabitants aren't immersed in an imagined world that convinces them more so than any other reality. There are enough examples of New Urbanist communities, headed by Celebration, that have made themselves into a hyper-real reality which makes use of its live artificialness in order to insert itself into Orlando's magical world of conglomerates. The contradictions between reality and fantasy are latent within the expressions of Puerto Ricans: “Disney: Orlando's dark side”, “It appears to be paradise, but it isn't”, although at the same time others affirm, “My life is more peaceful”.

But what is Puerto Rico in Orlando all about? Why do Puerto Ricans move there? What role do cartography, the flat spatial experience, and fantasy have in the Puerto Rican imaginary? What happens once one arrives to the promised land? Puerto Ricans move because they have no other choice, because Orlando

is around the corner, so to speak, as if it were an extension of San Juan, because a neighbor or a relative's friend already said “one lives better”, because “there are more opportunities”, but above all, because of a bursting illusion of ingenuity. Multiple perceptions of crises on the Island have provoked the desire to flee, and Orlando is present in the panorama as a city-wall appendix of our highly concentrated land. One can find a piece of the 65th Infantry Avenue, Los Filtros road, Levittown, and many typical closed or gated communities as they are known there, but with wooden houses, gypsum board, and an aesthetic imaginary as banal as our own.

The majority of the results that we obtained from interviews and conversations during our visit to the city showed us a decision-making level filled with illusion, inevitably linking theme parks and the Disney fantasy to the concrete reality of living in Orlando. Without a doubt, the main conjecture of the Puerto Rican diaspora was to say that in Orlando “there is a better quality of life”, meaning that in Puerto Rico the crime rate is high, politics are disastrous, there are fiscal crises, poor education, scarcity of work opportunities, and of course, (almost) anything outside the Island is better. But on what Orlando can really offer to improve the quality of life was always difficult to prove. The common denominator was, in the best of cases, and used more as a ruse than anything else, that



in Orlando “there was more space”, but I will get back to that later.

To explain several cases in point, education in Orlando is necessarily linked to location, or better said, zoning laws are applied, which indicate that your children can only attend schools that are located in the area where they live. If you live in a middle to average low-income community (a term that for many describes conglomerates of suburban homes, but doesn't include adjacent neighbors), so will be the education received. If you live in a prominent and opulent community, so will be the contributions paid to the school in order to sponsor education. It is also clear that the definition of community is given in great measure by the real estate market, and if you do not live in an economically high-income area, education for your children will not be one of the most envied. To judge by the location which has the highest concentration of Puerto Ricans, the education available is not necessarily an improvement. These two aspects are radically opposed to what happens on the Island, where you can enroll your children in any school you can afford, whether it is in your own neighborhood or thirty minutes away. In this case, the relationship between individuals and territory is not limited to the patterns established by the education system, and this freedom of mobility is more evident on the Island.

Another important aspect that derives from the aforementioned is the real estate market. Property taxes, different from Puerto Rico, are based on

the value of the property of the present year, which indicates that they are much higher than those paid in the Island. The result becomes an economic conflict for the Puerto Rican who moves without knowing the details about buying property or what the maintenance expenses are for each gated community. Not less important is the apparent sense of security that Puerto Ricans have in Orlando, and although, without a doubt, there are fewer murders, it is not exempt from violent crime or those committed by pedophiles (motivated by theme parks). Anyway, a glimpse into the places where most Puerto Ricans live reveals evidence of other latent contradictions: for security reasons, since people don't even know their neighbors, children can not play in the street, and social coexistence is consequently poor. Statements such as, “we miss the environment and social life” are prevalent in the diaspora. Most likely this lack of social life can be adjudicated in part to two basic conditions of the Puerto Rican marriage with territory: the city's extension restricts the relationships of a formless group, and at the same time, immigrant status keeps people tied to developing marginal links within the social/cultural network. Let no one be surprised that I am referring to immigrants, because as we've been told “even though we are citizens, we are immigrants”. In spite of being United States citizens, Puerto Ricans are seen as foreigners, as one more Univision-like Latino who arrives in the United States in search of a better life, and some of them assure us that “strong discrimination exists”.

This cultural burden of the immigrant translates not only to the dynamics of settling in a place, but also in his work. It was common to hear that everyone has two or three jobs to be able to overcome the cost of living in that city: “life is hard for the people”, “numbers and people lie”, statements made by those interviewed echo the gap that exists between the power of the media in heightening the Orlando fantasy and the reality in which the exile finds himself. This doesn't signify that the worker is less prepared, because there is a group of professionals which certainly has found a place to work. However it is subject to the same fluctuations of labor uncertainty and to accept, in many cases, lesser benefits than those received in Puerto Rico.

Multiple explanations about migration did not manage – at least after a week of traveling in the city – to articulate a clear explanation for flight. The conjecture that “there is more space” over there serves as a metaphor perhaps to make up one of the hypothesis of why Puerto Ricans go to Orlando: that the problem of the city, or rather of the no-city that we have, has more to do with our belonging to it. In Puerto Rico we have no left-over space, but each day we look for a town that is near our symbolic metropolitan center to separate ourselves more from others. We fear differences, hybrid coexistence, nearness of others, and having to form part of a finite common space. The problem is not having more or less space, it is the desire to pertain or not to a space that is tolerant and capable of establishing social ties that provide the network a city requires. Puerto Rico exists in Orlando as a mirror of itself, as a symbolic flight to have more space for the intolerance and disinterest of the public. The image of Puerto Rico is clearly pictured in Orlando, the banal fantasy of Disney World, the temporary, and the disposable seduce us. The city's non-history permits us to reconstruct our identity by images replete with illusions that identify the city. The vastness of the territory fills us with the desire for the infinite so latent in the Island. Puerto Rico appears to serve as a background to imagine all that is possible only in reality. So, take advantage of your next trip to Orlando and think a little more about who you might want as a neighbor, you already know, the exit that says Guavate leads to roast pork and the one that says Airport leads to the promised land of Mickey Mouse.

Vivienda típica de un vecindario de puertorriqueños  
Typical house in a Puerto Rican neighborhood

